



# Limpiar con rezos

A propósito del libro de Ruth Ozeki *El efecto del aleteo de una mariposa en Japón*

Texto: Dídac P. Lagarriga

Foto: Ed M. Koziarski y Junko Kajino

Tenemos la imagen de un Japón tradicional, bello y lento que transcurre en un paisaje rural. A esta se le suma otra, tecnológicamente abigarrada y enmarcada en megaurbes como Tokio. Clichés estereotipados para quienes necesitamos encasillar el mundo en imágenes permanentes, sin matices. ¿Cómo deshacernos de ambas postales que aparecen cada vez que pronunciamos “Japón”? Tal vez con otro término que se ha hecho un lugar por sí mismo desde marzo del 2011: Fukushima. La palabra asusta porque remite a catástrofe: la catástrofe, en primer lugar, de no podernos apoyar ya en estereotipos. Fukushima es un espejo...

Existen tantas formas de mirarse en ese espejo como rostros pueblan el mundo. Ruth Ozeki es una escritora y monja budista que optó por un particular modo de mirarse en

el espejo-Fukushima: la novela *A Tale for the Time Being*, traducida al castellano como *El efecto del aleteo de una mariposa en Japón* (Planeta, 2013). Leerla implica acompañar a Ozeki en ese gesto de situarse frente al espejo y mirar. Pronto entendemos que, como si entráramos en una pintura cubista o en una deformación pixelada, el rostro se vuelve poliédrico, fragmentado. Vemos, por ejemplo, un espacio esbozado por la información recibida, inundado en un primer momento por las noticias de la catástrofe y difuminado poco después... (“¿Cuál es la vida media de la información? ¿Depende de la velocidad a la que se deteriora el medio que la transmite? Los píxeles necesitan electricidad. El papel sucumbe al fuego y a las inundaciones. Las cartas grabadas en piedra son más duraderas, aunque no se pueden distribuir con tanta facilidad, pero la inercia puede

*ser algo bueno. En poblaciones situadas a lo largo de toda la costa de Japón, se hallaron mojones de piedra en las faldas de las colinas con antiguas advertencias grabadas: ‘¡No construyáis vuestras casas más allá de este punto!’ Algunas de esas piedras tenían más de seis siglos de antigüedad. El tsunami había desplazado algunas, pero la mayoría habían permanecido fuera de su alcance. ‘Son las voces de nuestros antepasados -dijo el alcalde de una ciudad destruida por el maremoto-. Nos estaban hablando desde el pasado, pero no los escuchamos’”).*

Ante ese rostro deformado, de múltiples capas y recodos, asistimos también a un diálogo entre las partes, donde cada voz circula por un vínculo como los glóbulos por las venas. Somos (que aquí reúne también el fuimos o seremos) cada uno de los protagonistas del libro al mismo tiempo o, para ser fieles al título original, cobramos consciencia de este ser-tiempo, uji en japonés, y que remite al poema de Dogen Zenji cuya sabiduría recorre toda la trama del libro (“A veces, de pie en la cima de la montaña más alta / a veces, moviéndose en el fondo del océano más profundo / a veces, un demonio con tres cabezas y ocho brazos / a veces, el cuerpo áureo de dieciséis pies de un buda / a veces, un báculo o un matamoscas / a veces, un pilar o una linterna / a veces, cualquier hijo de vecino / a veces, la Tierra entera y el cielo infinito”).

¿Queda todavía un rostro que se mira a sí mismo en este espejo llamado Fukushima? Corremos buscando refugio, nos sabemos ola pero nos cuesta aceptar su golpe. Ante un espejo de nada sirven los espejismos: “¡La energía nuclear es energía para un futuro más brillante! ¡Comprender mejor la energía nuclear supone una vida mejor!” anunciaban los carteles desplegados a lo ancho de las calles principales de las ciudades próximas a la central. La ola, a la vez gota, colmó el vaso.

Avanzamos por la novela conscientes de que es algo más que una ficción, cada frase nos remueve, las sensaciones revolotean como moscas. Escritura emotiva que perdura.

**¿Queda todavía un rostro que se mira a sí mismo en este espejo llamado Fukushima? Corremos buscando refugio, nos sabemos ola pero nos cuesta aceptar su golpe. Ante un espejo de nada sirven los espejismos.**

La mirada ante el espejo nunca es fugaz, salvo cuando se quiere huir: el suicidio es la primera causa de muerte entre los hombres japoneses por encima del cáncer. Ozeki utiliza esta cuestión para mantener en suspense el desenlace, con un padre (Haruki) y una hija adolescente (Nao) fuertemente atraídos por esta idea -como tantos oficinistas de mediana edad en paro y cargados de deudas o chicos y chicas con problemas de socialización, acosados en el colegio e inmersos en realidades virtuales desvitalizadas-. El suicidio también de una sociedad abocada al consumo material sin precedentes, ávida de flujo energético las 24 horas del día e incapaz de parar, reducir, orar. Y el suicidio, por último, de tantos jóvenes soldados obligados a lanzarse con su avión contra el enemigo durante la II Guerra Mundial y que en la novela cobra cuerpo a través del hijo de otra gran protagonista del libro: la anciana monja Jiko, bisabuela de Nao. De hecho, una de las mejores aportaciones de la narración son los imprescindibles diálogos intergeneracionales entre Nao y Jiko, recogidos en el diario que escribe la adolescente y que, tras el tsunami, el mar arrastra hasta el otro extremo del Pacífico, en la costa de Canadá. Allí vive una profesora de literatura llamada como la autora, Ruth, con su marido Oliver, artista y activista medioambiental. El fortuito encuentro de Ruth con el diario de Nao y otros objetos protegidos por una bolsa de congelados es el detonante de la historia que empezó a tejer la otra Ruth, la escritora, cuando decidió ponerse frente al espejo-Fukushima. Como lectores, Nao, Jiko, Ruth, Haruki, Oliver... no son sólo personajes fruto de la imaginación de una talentosa escritora, sino que pasan a formar parte de nuestra identidad como ser-tiempo o, mejor dicho, ya estaban en nosotros y la lectura sirve para vislumbrarlos en el mosaico en que se ha convertido nuestro rostro. Me miro: soy un padre al borde del suicidio incapaz de sustentar económicamente a mi familia; soy una adolescente inadaptada que siente atracción por el templo escondido entre una masa gris de edificios; soy una anciana y monja orando por los seres vivos y muertos; soy escritora viviendo el proceso creativo en una isla alejada; soy gato y ola. Soy y no soy. ■